



Alberto Fuguet, escritor chileno que acaba de publicar su quinta novela, *Las películas de mi vida*, es la figura más destacada de los autores latinoamericanos (ya no tan) jóvenes conocidos como la generación *McOndo* (título de una antología de cuentos de escritores hispanoamericanos nacidos alrede-

Las películas de mi vida es un viaje cinematográfico por la historia del protagonista, el paso de la infancia a la adolescencia, la soledad, el ser un extraño en la propia tierra y el ver cómo la familia y el mundo de los adultos se derrumba.

dor de 1960, editada por el propio Fuguet, que incluye a escritores como Jaime Bayly y Edmundo Paz Soldán). Uno de los puntos principales de la implícita declaración de principios de *McOndo* era, sin duda, oponerse al realismo mágico y a los clichés que poblaban el imaginario y el mercado global sobre la literatura latinoamericana. Un no rotundo a las abuelitas voladoras, las mariposas amarillas y los ramificados árboles genealógicos de uso obligado en cualquier escritor latinoamericano que se respetara a sí mismo. Ni siquiera un trópico con sabor a piña o mango, un toque

de folclore, buen salvaje, guerrillas, narcotráfico o persecuciones políticas.

Nada de esto entra en el mundo de Fuguet. No es casual que *Las películas de mi vida* se publicara simultáneamente en inglés (Harper Collins) y en español (Alfaguara), y que a pesar de su falta de realismo mágico fuera bien recibida por el mercado norteamericano. Lo de Fuguet es, de acuerdo a su propia visión, un *realismo cultural*, un Tratado de Libre Comercio Literario entre Estados Unidos y América Latina. El *McOndo* de Fuguet, a diferencia del Macondo de *Cien años de soledad*, es un pueblo de McDonalds, Macintoshes y *condos*, donde los escritores hablan desde su experiencia

globalizada y pluricultural en busca de su identidad personal y no de una idealizada identidad latinoamericana.

En *Las películas de mi vida* el sismólogo chileno Beltrán Soler cuenta su historia a través de una serie de películas que vio en momentos claves de su vida. Beltrán, camino a una conferencia en Tokio, decide quedarse en Los Ángeles, y desde un hotel de esa ciudad escribe sus memorias vía e-mail a una circunstancial compañera de viaje que conoció en el avión. Cada capítulo lleva a modo de título el nombre y la ficha técnica de cincuenta películas: La leona de

dos mundos, *El fabuloso doctor Doolittle*, *Dumbo*, *Oliver*, *La dama y el vagabundo*, *La novicia rebelde*, *Infierno en la torre*, *Tiburón*, *La aventura del Poseidón*, *Encuentros cercanos del tercer tipo*, *Carrie* y muchas más. Pero estas películas no encasillan a la novela, funcionan apenas como sugerencias, como recuerdos de infancia que sitúan cada parte de la historia. A partir de cada película y de dónde y cuándo la vio, Beltrán irá reconstruyendo su vida, tanto en la California de los años sesenta y los setenta como en el Santiago de Pinochet.

Beltrán es un típico producto de los tiempos: un chileno de familia disfuncional criado en Estados Unidos que regresa a su país a los diez años, tras la caída de Allende. Un hombre bicultural que no puede adaptarse a su tierra natal, un eterno forastero que busca protegerse de los vaivenes de la vida conectándose a su tierra telúricamente, amparado en datos científicos y en desastres naturales, como corresponde a su profesión. Un hombre fragmentado que se niega a involucrarse con las personas y se refugia en su trabajo, y un libro que sutilmente logra rastrear por debajo de la superficie para buscar las fisuras de dos culturas, separadas por dos idiomas y miles de kilómetros que sin embargo ven las mismas películas. *Las películas de mi vida* es un viaje cinematográfico por la historia del protagonista, el paso de la infancia a la adolescencia, la soledad, el ser un extraño en la propia tierra y el ver cómo la familia y el mundo de los adultos se derrumba. ■

Por Patricia Arévalo